

# Capítulo 1

Luisa García Martínez



## Capítulo 1

# Pórtico de cruce

Libro I: Arkanshía



Luisa García Martínez

### ENCABEZADO

La oscuridad se cierne sobre Arkanshía.

Los días de luz están ocultos en la memoria.

Solo algunos sobrevivirán.

Solo algunos recuperarán lo perdido.

Mas no existe día sin noche ni oscuridad sin luz.

Ambos forman un solo ser.

Ambos provienen del Poder.

Pero el Poder es efímero, cambiante...

El tiempo se agota.

Arkanshía muere.

Año 2008.

—¡Destruya el libro, padre! ¡Destruyalo! No va a traer más que desgracias a esta familia.

—No puedo destruirlo, hija. Este libro contiene los conocimientos necesarios para acabar con el mal, pero en él también se encuentra el corazón del planeta Arkanshía y lo que a él concierne. Es la recopilación de años de estudio. Sin él, estaremos perdidos.

—¡Pero nos busca! —exclamó Elena.

—No. No nos busca a nosotros. Los busca a ellos y, sobre todo, ansía encontrar el Pórtico de cruce.

Dicho esto, Árkatos cerró los ojos y comenzó a pronunciar las palabras exactas del hechizo que tanto tiempo le había costado elaborar. Un hechizo que ni el más perverso adversario lograría deshacer sin los elementos adecuados. El libro quedó suspendido en el aire, envuelto en una nube de polvo y gas. Elena lo observaba con atención, a pesar de no comprender muy bien sus propósitos. De pronto, la gran obra se dividió en dos partes y, como si de humo se tratara, ambas desaparecieron sin dejar rastro. El viejo Árkatos jamás le contaría a nadie, ni siquiera a la que consideraba su hija, dónde había escondido cada parte del libro. Debía protegerla durante el máximo tiempo posible. Lo que Elena no sabía era que los planes se adelantarían.

### Capítulo 1: La cicatriz

Año 2017

## E

El piso de los padres de Pablo era realmente pequeño, aunque no se necesitaba mucho más para reunir a un grupo de amigos. Contaba con unos escasos sesenta metros, pero muy bien distribuidos, sobre todo porque el salón era inmenso comparado con el resto de las estancias. Era el lugar favorito de Pablo, un chico moreno que resaltaba entre sus amigos no solo por la preciosidad de sus ojos grises, sino por su personalidad cálida y entrañable. Su padre convenció a su madre para colocar un buen número de cómodos asientos alrededor de la televisión. Según sus palabras: «Nada mejor que tumbarse en un buen sofá, escuchando la voz suave y aterciopelada de la presentadora de un programa de animales, a la hora de la siesta».

Era viernes por la noche y, en la calle, caía una fuerte lluvia incesante que limitaba cualquier actividad al aire libre. Los amigos de Pablo fueron llegando poco a poco y, entre risas y charlas, se acomodaron como pudieron. En esa ocasión serían solo cinco, el resto ya tenía otros planes. En cuanto el picoteo y la bebida estuvieron servidos, Pablo encendió el televisor y sacó del cajón una película.

—¡Espero que sea buena! —rió Alex, el más chistoso del grupo, tratando de hacerle cosquillas—. Ya conocemos tus gustos, ¿verdad?

Todos comenzaron a reír de forma sana. Había muy buen rollo entre ellos. Gema se sentó delicadamente en el borde del sofá mientras picaba algo de la mesa. Eidyn se colocó a su lado y le pasó el brazo por detrás de la cabeza. Ambos se miraron a los ojos durante unos segundos y sonrieron. Ella sabía que podría pasar horas perdiéndose en el profundo azul de sus ojos.

No habían transcurrido ni cinco minutos de película cuando, de repente, la luz se apagó. Pablo encendió la linterna de su móvil y se dirigió hacia el contador eléctrico, al mismo tiempo que Alma, la mejor amiga de Alex, se levantaba de un cojín del suelo y se acercaba a una de las ventanas del salón.

—¡El problema no viene de aquí! —comentó alzando la voz—. El edificio está a oscuras y la mitad de la calle, también.

Varios chicos se levantaron a tientas y comprobaron lo que había dicho Alma.

El salón estaba también a oscuras y el único halo de luz que podría orientarlos debería entrar por la ventana, sin embargo, no era así. Sabían que estaban allí, aunque no podían verse. De pronto, un olor nauseabundo se esparció por la estancia y se escuchó a alguien susurrar.

—¡Eidyn!

—¡Ah!

—¿Qué pasa? ¿Quién grita? —preguntó Alma, creyendo que alguno de los chicos se estaba haciendo el gracioso.

—Nada —aclaró Eidyn—. Mi cicatriz... Vuelve a sangrar.

—¡Que nadie se preocupe! —chilló Pablo, tratando de conceder un punto de luz a la situación—. Traigo una vela —dijo, buscando en un bolsillo de su pantalón un mechero y, en seguida, la encendió.

—Es por la lluvia, seguro —aclaró Gema con su dulce voz—. Está cayendo una buena.

Volviéron a sentarse y se reunieron alrededor de la poca luz que ofrecía la vela.

—¡Vaya! —dijo Alex, aclarándose la garganta—. Es un momento ideal para contar una historia de miedo.

—¡Ah, no! —protestó Alma—. No empecéis, por favor. Ya habéis tenido bastante con los susurros y los gritos. Dejad de hacer tonterías.

Todos comenzaron a hablar a la vez, proponiendo diferentes historias para que uno de ellos (siempre hay algún experto) los deleitara con sus palabras.

—Claro, Eidyn. ¿Por qué no cuentas cómo te hiciste esa cicatriz del pómulo? —le sugirió Pablo, el único al que se lo había contado de niños por ser su mejor amigo.

En un principio no le pareció muy buena idea, pero los chicos lo animaron.

—De acuerdo. Os la contaré.

Se inclinó un poco hacia adelante y, adoptando el papel de un elocuente narrador, comenzó a detallar su historia:

—Ocurrió cuando tenía diez años. La víspera de un examen importante quedé con Pablo en la biblioteca para estudiar. Pasamos la tarde tan concentrados, que se nos fue el tiempo. Cuando salimos a la calle era ya de noche. La temperatura había caído en picado desde la tarde y el frío podía notarse en los huesos. Pablo y yo nos despedimos, tomando cada uno direcciones opuestas. Comencé a caminar los diez minutos que tardaba en llegar a casa mientras me colocaba la capucha de la sudadera y los auriculares. Puse mi música favorita y me alejé, cuanto pude, del borde de la acera, pues los coches salpicaban al pasar. Había realizado ese recorrido cientos de veces, y todo estaba como siempre. Pese al frío que hacía y la hora que era, aún había gente andando por la calle, concentrada en sus propios pensamientos. Los coches circulaban a ambos lados de la calle y, al pasar cerca de un semáforo, se oía el pitido que ayudaba al transeúnte a cruzar por el paso de peatones.

Eidyn hizo una breve parada, manteniendo el suspense. Después prosiguió:

—Llevaba recorrido la mitad del trayecto cuando, de repente, noté la calle vacía. Me quité enseguida el auricular derecho y me sorprendió la ausencia de sonido. Retiré el izquierdo. Los coches habían dejado de circular, y nadie deambulaba por las aceras. No se escuchaban sirenas ni cláxones. Nada. Parecía como si la imagen que tenía delante de mí, fuera una escena de película en la que alguien había hecho pausa. Todo estaba demasiado estático.

Eidyn volvió a interrumpir el relato, observando a sus amigos, que escuchaban con atención sus palabras, sin tan siquiera pestañear, y alguno de ellos ya empezaba a removerse esperando que siguiera.

—Mis sentidos me aconsejaron andar un poco más deprisa y —continuó el muchacho—, en el fondo de mi alma, comencé a sentir la necesidad de llegar a casa cuanto antes. Me coloqué de nuevo los auriculares para no

escuchar el vacío de la calle. De pronto, alguien pronunció mi nombre con una voz susurrante y hostil.

—¡Eidyn!

—A pesar de la música que sonaba un tanto alta en mis oídos, lo escuché perfectamente. Miré hacia un lado y vi una figura humana cubierta de pies a cabeza por una enorme túnica oscura. No lograba ver con claridad. Se encontraba a varios metros de distancia y, sin embargo, tardó menos de un segundo en estar frente a mí. La luz de las farolas no era suficiente para poder visualizar los rasgos de su cara, y mis sentidos me aconsejaban salir pronto de allí. Sentía la boca seca. No tuve tiempo ni de respirar cuando me asestó un tremendo golpe en el estómago. Me lanzó varios metros hacia el interior de un oscuro y solitario callejón que jamás había visto. Quedé inmovilizado en el suelo, sintiendo cómo ardía por dentro. Aquella figura comenzó a acercarse, ahora con paso lento pero seguro. Cuando llegó al lugar donde yo me encontraba, me levantó por el cuello y me sostuvo contra la pared. Pese al dolor tan intenso que sentía en la boca del estómago y el ahogamiento que me estaba causando en aquellos momentos la presión de sus dedos, alcé la vista y le miré directamente a los ojos, tan verdes como una esmeralda y, al mismo tiempo, tan fríos como un témpano de hielo. No sé de dónde saqué las fuerzas suficientes para preguntarle qué quería. Con voz gutural y profunda me contestó:

—Deberías saber quién soy. Tus antepasados me conocieron muy bien. En ese instante una bola de fuego, salida de la nada, impactó en su espalda y la hizo desaparecer, no sin antes pasarme una de sus afiladas uñas por el pómulo izquierdo, muy cerca del ojo. De inmediato, caí al suelo y me llevé una mano a la cara. Sangraba. Sangraba mucho. Miré a lo lejos y vi la sombra de alguien acercándose con paso rápido. Mi corazón iba a estallar de un momento a otro. Llegué a pensar que no saldría vivo de aquel callejón. Observé con más atención y pude reconocer a la figura que se aproximaba hacia mí. No tenía capa. Era otra persona. «¡Es mi abuelo!», me dije.

Jamás me había alegrado tanto de verlo. Di un salto, lo abracé y comencé a explicarle, de forma atolondrada, lo que había vivido en los últimos minutos. Él me miró y, con mucha delicadeza, me limpió la sangre con su pañuelo. Trataba de tranquilizarme hablando muy relajado y convenciéndome de que sería mejor olvidarlo todo. Durante el camino a casa no dijimos nada ninguno de los dos. Yo tenía miles de preguntas que hacerle y escenas en mi cabeza que no desaparecerían nunca. Aquellos ojos verdes se me quedarían grabados en la mente para el resto de mi vida. Por muchas preguntas que iniciaba, el dedo de mi abuelo siempre me indicaba que callara, y continué el camino en silencio.

Eidyn se pasó la yema de los dedos por la cicatriz. La enfermera había hecho un buen trabajo y apenas se veía.

—No conseguí dormir en toda la noche —continuó narrando Eidyn—. La persona de la capucha era real. No había sido ningún sueño. Me preguntaba por qué mi abuelo no me permitía hablar del tema, por qué quería que lo olvidara. De vez en cuando me llevaba la mano al pómulo.

Ya no sangraba, no obstante, daba pequeñas punzadas de recuerdo. Por la mañana me desperté con esta misma cicatriz.

En el salón se hizo el silencio. Los allí presentes se habían ido acercando a Eidyn cada vez más, mientras él relataba sus vivencias. Todos los ojos lo enfocaban, esperando más información y ahora la historia había acabado. Cuando repararon en eso, comenzaron a hacerle preguntas sobre lo ocurrido y, justo entonces, Gema se levantó con aire enfadado, abrió la puerta y se fue. Eidyn no sabía qué era lo que le había ocurrido, así que se disculpó y salió tras ella, dejando a sus amigos tan intrigados como lo estaba él.

Salió del portal y Gema corría. Le ganaba varios metros de distancia.

—¡Gema, espera! —gritó—. ¿Por qué te vas?

La muchacha se detuvo.

—¿Puedo saber qué te ha pasado?

Gema lo observaba enfadada y, en un principio, no respondió. Él permaneció en silencio, dándole unos segundos para que se tranquilizara.

—¡No puedo entenderlo! —contestó al fin—. Llevamos meses juntos. ¿No te parece esa historia lo suficientemente importante para que yo la conociera antes que los demás?

—¿Quieres dejar de gritar? ¡Estamos en la calle! Y no. No lo consideré necesario.

—¡Me parece genial! ¿Qué otras cosas me ocultas, ah?

Él abrió la boca para contestar algo, pero no tuvo tiempo. Ella alzó los brazos, soltó un soplido en señal de derrota y comenzó a alejarse sin despedirse.

—¡Gema! ¡Eh, espera!

Eidyn continuó llamándola varias veces aun sabiendo que no regresaría. Al menos, no esa noche. La conocía muy bien. Era una chica preciosa, encantadora... aunque muy testaruda. La llamó por última vez, pero ella ni siquiera lo escuchaba ya. Temblando de frío y reconociendo que no conseguiría nada quedándose allí, decidió volver a casa. No tenía ganas de subir al piso con los chicos, así que dio media vuelta y comenzó a caminar cabizbajo, sin advertir la presencia de alguien que se acercaba hacia él, distraído, mirando su móvil.

—¿Qué te pasa chaval? ¿No miras por dónde andas?

—Podría decirte lo mismo, ¿no? —preguntó Eidyn.

Ambos se agacharon al oír cómo el móvil se estrellaba contra el suelo, y varias piezas salieron despedidas por el acerado. Eidyn lo recogió, le dio la vuelta y observó la pantalla hecha pedazos.

—¡Genial! ¿Sabes cuánto cuesta la pantalla de este móvil?

—No te preocupes —trató de tranquilizarla—. Yo me encargo de arreglarlo.

Por primera vez los ojos de ambos se cruzaron y permanecieron fijos durante unos cuantos segundos. Verdes... Los ojos de aquella chica eran verdes. Recordó los de la figura del callejón. Compartían el color pero no el carácter. Aquellos ojos que veía ahora eran cálidos y sensuales, y los envolvía la cara más bonita que jamás había visto en toda su vida.

—Ni siquiera te conozco.

—Eidyn Gaes.

—Dana Sanz.

Ambos estrecharon sus manos con un poco de recelo.

—Es extraño. Parece como si ya te conociera. Como si nos hubiéramos visto antes —comentó Eidyn.

—Pues no. No te he visto en mi vida. ¿Cómo lo hacemos? Dana había retirado su mirada rápidamente, tratando de evitar que descubriera su mentira. Ella también había sentido algo muy extraño al tocar su mano. No obstante, ¿cómo se le dice a un desconocido que aparece en tus sueños desde que eras una niña?

—Vivo a dos manzanas de aquí —aclaró—. ¿Conoces la Librería de las ciencias? Pues yo vivo allí.

—No. No la conozco. Pero ya lo averiguaré. Lo mandaré a reparar y te llevaré la factura. Espero que no me estés mintiendo.

Se guardó las piezas del móvil en el bolsillo de su chaqueta y, sin decir nada, se fue. El muchacho mantuvo la mirada fija en su espalda durante un rato.

—¡Eres la chica del unicornio! —susurró. Después, siguió rumbo a casa. Esta había sido una noche muy extraña. Se tocó la cicatriz y volvía a sangrar.